



Capítulo 279

Dar Aviso Al Enemigo

Lillian no estaba muy segura de describir el sabor de la carne de su marido.

Había suavizado su piel y sus músculos para que ella pudiera morderlo, y como resultado la carne estaba bastante tierna.

El sabor de la sangre no era algo que ella creyera que disfrutaría particularmente, pero la sangre de su marido no tenía ese mismo sabor metálico desagradable.

Ella no era un vampiro como Audrina o Seras, por lo que no sentía como si acabara de tragar crack líquido, pero al menos fue capaz de tragarlo.

Tan pronto como el trozo de carne llegó a su estómago, sintió un calor extraño extenderse por todo su abdomen y su cuerpo comenzó a sentirse un poco pesado.

—Me siento un poco rara, cariño...—dijo ella adormilada.

Antes de que Abaddon pudiera estirarse para atraerla hacia sus brazos, Eris, vacilante, colocó una mano sobre la suya para detenerlo. "Espera, amado, dale un momento".

Lillian se acurrucó en una bola y gimió levemente; su cuerpo estaba experimentando un cambio.

Primero, sus brazos y piernas se derritieron y se solidificaron con el resto de su cuerpo.

Después se le cayó el cabello y se le formaron grandes dientes puntiagudos en la boca.

Su cuerpo comenzó a desarrollar hermosas escamas de color naranja brillante, y sus ojos se volvieron más parecidos a los de una serpiente y de un color esmeralda más intenso.

Su cola formó un aguijón puntiagudo como el de un escorpión y su cráneo se agrietó y se rompió, y tres cabezas parecidas a dragones tomaron su lugar.



Aunque Abaddon tenía alas en su forma dracónica, a Lillian no le creció ninguna, sin importar cuánto esperaron.

Al final, se había convertido en un enorme dragón con forma de serpiente y tres cabezas.

No podían medirla con exactitud, pero a primera vista medía unos treinta y cinco pies de largo y su cuerpo era tan grueso como un pilar de hormigón.

Ella se habría parecido mucho a Abaddon, pero donde su marido era feroz e imponente, ella tenía un aspecto mucho más regio y suave.

Aunque era un monstruo, seguía siendo el epítome de la belleza y la gracia.

"¡Waaah!"

Lillian, que no estaba acostumbrada a no tener brazos ni piernas, se cayó poco después de terminar de cambiarse y sus escamas se oscurecieron de vergüenza.

"...Por favor díganme que ninguno de ustedes vio eso."

Como si fuese un reloj, los tres miembros de su familia se dieron la vuelta como si no hubieran estado viendo todo.

"E-Es un poco difícil mantener el equilibrio así..."

Abaddon se levantó y colocó sus manos sobre el cuerpo de Lillian con la intención de ayudarla a levantarse.

"Cambia tu peso de esta manera y permite que tu cabeza te ayude a mantener el equilibrio.

Éste también es tu cuerpo, pero es diferente al habitual. La clave es reconocer el movimiento necesario para ambos".

"Gracias cariño... creo que ya lo estoy cogiendo bajo control."

Fiel a su palabra, Lillian logró acostumbrarse a su nueva forma y se mantuvo erguida, permitiendo que su familia pudiera observarla bien.

"Eres muy hermosa, hermana."

"Madre es bastante pequeña para ser un dragón, incluso en su forma. ¿A qué se debe esto?"



—Ah... —Lillian se dio cuenta de que, en efecto, era mucho más pequeña que su marido o incluso que una de sus hermanas.

"Creo que puedo llegar al tamaño de mi marido, o casi, si lo intento..."

Fiel a su palabra, Lillian encogió su cuerpo hasta unos seis metros y dijo que probablemente podría volverse lo suficientemente pequeña como para envolverla alrededor del cuello de alguien con la práctica.

Abaddon la miraba con más brillo que de costumbre, algo que ella pudo notar con bastante facilidad.

—Marido... si quieres puedes... —dijo tímidamente.

Al principio, él no entendió lo que quería decir, pero una vez que ella le expuso su cuello, no pudo evitar comprender.

Tal como ella había hecho con él, colocó su boca sobre sus escamas frías y le dio un pequeño mordisco.

Lillian cerró sus tres bocas para no hacer un ruido extraño frente a su hija menor, resultado de que él le daba placer para no lastimarla.

'¡Lo hiciste a propósito...'

'¿Lo hice?'

Una vez que Abaddon se tragó la carne de Lillian, se dio cuenta exactamente del regalo que ella le había dado.

Su fisiología única como criatura en constante evolución fue transferida a su propio cuerpo.

Olvídese de simplemente encogerse y crecer, ella literalmente le había dado la capacidad de remodelar su ser como fuera necesario.

Abaddon levantó su mano y una gran espada negra se formó a partir de la longitud de su brazo.

El dragón sonrió con un dejo de nostalgia al recordar otro juego que jugó en la Tierra.

Su familia quedó cautivada por su feliz sonrisa y la enorme espada que salía de su antebrazo.

"Oooh..."

"Padre es siempre tan bárbaro. ¿Por qué te interesan tanto las armas?"



"Me alegra saber que te he ayudado un poquito, después de todo lo que me has dado."

Abaddon se rió entre dientes mientras guardaba el arma en su cuerpo y besaba a Lillian en el hocico. "Gracias, mi amor. Me has dado un gran regalo".

"Te debo varias más antes de que estemos a mano".

Antes de poder replicar, vio su destino con el rabillo del ojo.

Inconscientemente apretó los puños, mientras se preparaba para el viaje que le esperaba.

- 3 días después

A diferencia de cualquier otro lugar del mundo, la tierra enana de Apeir es un área compuesta casi en su totalidad de terreno rocoso y cadenas montañosas.

Esto hizo que viajar aquí fuera bastante difícil para los forasteros, ya que solo había unos pocos lugares a donde podían viajar ya que no estaban acostumbrados a vivir en áreas de gran altitud.

Pero a pesar del terreno bastante duro, los enanos han prosperado y han creado una de las tierras más prósperas y pobladas del mundo.

Al igual que Luxuria, también es un destino turístico bastante popular, y guerreros de todas partes vienen aquí con la esperanza de comprar una espada o una armadura que les ayude a grabar su nombre en la historia.

Ubicada en el lado opuesto del continente, había una ciudad excavada en la montaña más grande de todas.

Y en lo más alto de esta estructura se encuentra un castillo construido con tanta maestría que avergonzaría a la mayoría de los artesanos.

El castillo del Rey Enano había sido construido con sus propias manos y sin ninguna otra ayuda externa.

Cada escultura de piedra, cada piso de mármol e incluso su propio trono fueron hechos para él y por él.

En ese momento, el pequeño rey estaba descansando en su patio abierto bajo el cielo, con un barril de cerveza a su lado y sin ninguna preocupación en el mundo.



"Hoy está inusualmente nublado... Supongo que fue culpa tuya, ¿eh, muchacho?"

El enano aparentemente no le hablaba a nada más que al aire y a las nubes grises oscuras que había en lo alto.

"¿Por qué tardas tanto? Viniste aquí para charlar, ¿no?"

De repente, una criatura atravesó las nubes y descendió sobre el espacio abierto de piedra.

Era un dragón con forma de serpiente, con cuatro cabezas aterradoras y ojos incrustados en el pecho y las alas.

La criatura aterrizó en el suelo sin hacer ruido, y metió sus alas dentro de su cuerpo mientras se enroscaba sobre sí misma.

—Bueno, ¿no eres especial? Eras bastante diferente la última vez que te vi —murmuró Darius.

La última vez que había visto a Abaddon, estaba enfermo y tenía el cuerpo al borde del colapso.

Incluso si Abaddon se hubiera encogido a unos cuarenta pies de largo, no se dejó engañar en lo más mínimo por el tamaño de esta criatura.

Era bastante más fuerte que antes y, aunque no era suficiente para intimidar a Darius, era bastante inquietante.

Con sólo mirar al dragón podía sentir una serie de emociones negativas tratando de abrirse camino en su mente.

"Me sorprende un poco ver a uno de los reyes aquí, sobre todo a ti mismo. No pensé que alguien como tú pudiera estar interesado en..."

"Ya no hay reyes, yo soy todo lo que queda. Los demonios están unidos bajo mi mando y el de mi familia", corrigió Abaddon.

"¡Ja! Es un poco gracioso oírte hacer chistes así, pero debo admitir que... Oye, ¿hablas en serio?"

Darius se preguntó si finalmente estaba tan borracho como para escuchar cosas que obviamente no podían ser ciertas.

—¿Parece que estoy bromeando? —dijo Abaddon con un siseo.



A estas alturas, el rey enano se había dado cuenta de que Abaddon no era tan inofensivo como recordaba.

'Para sobrevivir incluso a los semidioses... claro está...'

"¡Sensacional! Supongo que las felicitaciones son necesarias. ¡Brindemos en mi salón!"

Abaddon intentó decirle al enano que no tenía interés en beber, pero Darius fue sorprendentemente rápido y corrió antes de que pudiera tener la oportunidad.

Sin otra opción, el dragón se encogió a su apariencia habitual, de un hombre de piel negra, que vestía una gruesa capa de piel y un vestido ceremonial negro.

Siguiendo al enano hasta el interior, descubrió que efectivamente había llegado hasta un lujoso comedor con una larga mesa de madera.

A excepción de unas cuantas sirvientas, no había nadie más presente dentro de la maravillosa habitación.

"¡Venid, venid! ¡Sentaos aquí! ¡Mis doncellas, traednos la mejor bebida de mi colección, diez botellas!"

Sin embargo, las sirvientas parecían no querer salir de la habitación, ya que ninguna podía apartar la mirada del encantador demonio que no se parecía a nada que hubieran visto antes.

'Es tan... alto...'

'Pensé que mi marido era musculoso, pero esto...'

'Me pregunto si el rey me entregará como regalo...'

Darius finalmente se dio cuenta de que las chicas seguían atrapadas en el lugar y aplaudió con fuerza para sacarlas de su trance. "¡Oigan! No hagamos esperar al invitado ahora, ¿sí?"

Casi en el momento justo, las sirvientas parecieron darse cuenta de que efectivamente estaban haciendo esperar al hombre de sus sueños y algunas de ellas se retiraron para ir a buscar el alcohol.

—Nunca las había visto actuar así antes —murmuró Darius—. ¿Qué tienes tú que yo no tenga?

'¿Altura?'



'¿Cuerpo?'

"Es más tranquilo, eso lo hace interesante".

'Eres un poco mujeriego. '

'Me pregunto si usa su cola para...'

Si Darío hubiera podido escuchar los pensamientos de sus subordinadas, sus dientes de oro se habrían caído de su boca por la sorpresa.

—No vine aquí a beber, Darius. Vine a hacer una declaración.

—No me gusta hablar de trabajo, muchacho. ¡Acorta la esperanza de vida! —dijo Darius con desdén.

El rey enano de repente se levantó de su asiento y se arrodilló detrás de Abaddon, mirando directamente a su sombra.

"Oigan, ¿les gustaría beber conmigo, ya que su esposo no está de humor? ¡Sería una pena sacar esta buena bebida y no disfrutarla!"

Por un momento no hubo nada más que silencio en el pasillo y parecía como si el anciano no le hablara a nadie más que al suelo.

Un momento después, su sombra se estiró y ocho mujeres tomaron forma, con Audrina a la cabeza.

El hermoso vampiro estaba indudablemente enojado.

—Viejo cabrón, no había forma de que pudieras sentirnos en...

"Oh, ¿de verdad estaban todos ahí? ¡Solo estaba bromeando!"

Era de conocimiento público que el dragón conocido como Vovin no viajaba a ningún lado sin sus siete novias, por lo que Darius simplemente estaba haciendo una broma.

¿Cómo iba a saber él que realmente estaban allí?

"Oigan... todos se ven un poco diferentes desde la última vez que los vi..." se dio cuenta Darius al observarlos más de cerca.

Sus ojos se posaron en una nueva mujer de piel blanca cremosa y cabello negro oscuro y salvaje. Sus ojos verdes eran a la vez felinos y reptiles, y sus brazos y piernas estaban cubiertos de hermosas escamas anaranjadas.



En su cabeza tenía cuernos demoníacos y lindas y esponjosas orejas de tigre.

La verdad es que Lillian no lucía así de forma natural, sino que modificó su cuerpo para poder sentirse más cerca de su marido y sus hermanas.

"¿Hm? Eres nueva. ¿Eso significa que vas a tomar más esposas, Abaddon? Porque tengo una hija que..."

BOOM.

Tan pronto como las palabras salieron de los labios llorosos de Darius, las chicas alzaron sus rostros en expresiones horrorosas que habrían hecho que incluso el enano diera un paso atrás.

La presión combinada de todas ellas venía acompañada de una sensación de pavor que podía detener un corazón.

Y, naturalmente, Darío no fue una excepción a esta sensación de miedo.

Aunque a la mayoría de las esposas de Abaddon le resultaría fácil someterlas, a Seras y Audrina no.

De todas sus esposas, ellas eran las más poderosas y pertenecían a una clase única. —¡Ah, estoy bromeando otra vez! Vaya, vaya, eres igual que ese chico de oro, sin una pizca de humor en toda tu...

"Darío."

Abaddon finalmente había tenido suficiente, y su voz era seria y sin una pizca de ligereza.

Finalmente, el rey enano se dio cuenta de que no podía posponer más los asuntos de negocios y suspiró derrotado.

"Muy bien, Abaddon y compañía. Vayamos al grano entonces".